Revista de Especialidades Médico-Quirúrgicas
ISSN: 1665-7330
revespmedquir@issste.gob.mx
Instituto de Seguridad y Servicios Sociales de los Trabajadores del Estado
México

Archundia García, Abel
El movimiento médico en 1964-1965
Revista de Especialidades Médico-Quirúrgicas, vol. 16, núm. 1, enero-marzo, 2011, pp. S28-S31
Instituto de Seguridad y Servicios Sociales de los Trabajadores del Estado
Mexico, México

Disponible en: http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=47322865006

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

El movimiento médico en 1964-1965

Dr. Abel Archundia García

En los años de estreno del Centro Hospitalario 20 de Noviembre se forjaba la nueva medicina en todo el mundo, y el mundo estaba casi en paz, pero bajo la amenaza nuclear. Se desvanecían en el pasado los grandes maestros de autoridad indiscutida y todavía se escuchaban las hazañas de los cirujanos totales capaces de ejecutar con rapidez y destreza cualquier tipo de cirugía. Sin embargo, era inminente la avalancha de la tecnología aplicada a la medicina, emergían y se consolidaban las nuevas especialidades; numerosos médicos preparados en el extranjero estaban ávidos por implantar la innovación en este su nuevo centro de trabajo. Las nuevas generaciones de profesionales acudieron a este deslumbrante templo de la medicina para ingresar en calidad de médicos becarios.

En ese ambiente, se dio otro fenómeno profesional que habría de dejar una huella profunda y latente en la memoria de los servicios médicos y asistenciales del país. Ocurrió que el cuerpo médico residente, que había sido reclutado, y por primera vez reunido en lo que podríamos llamar una fábrica de salud y de superación académica, tomó conciencia de que existía como un grupo profesional con una responsabilidad bien definida en sus funciones asistenciales; sin embargo, su situación era ambigua en la apreciación por parte de la sociedad. El grupo estaba inmerso en una relación laboral mal definida como beca y había una incongruencia: a pesar de las responsabilidades que pesaban sobre ellos como profesionales con títulos universitarios y ocupados en tiempo exclusivo, no eran considerados por las instituciones como trabajadores, sino como educandos prescindibles. Por otro lado, los procesos de aprendizaje e investigación que servían como pretexto para la beca, y que ameritaban reconocimiento formal con grados académicos, no tenían programas homogéneos ni certificación o reconocimiento universitario de la disciplina en que se preparaban, no se diga de la posibilidad de maestría o de doctorado. De este modo, el médico residente después de una "carrera" de cinco a seis años de posgrado, en la que había cumplido funciones asistenciales con frecuencia más allá del deber y de sus capacidades físicas, y de haber cumplido los requisitos señalados por su profesorado, se enfrentaba con la realidad de no haber alcanzado ningún grado reconocido y, de acuerdo con el mercado de trabajo, podría no ser acreedor a una plaza como especialista dentro de la misma Institución o fuera de ella. La conciencia de esta perspectiva produjo intranquilidad en el Hospital y en otras instituciones de salud del país que a la sazón desarrollaban sus propios programas y destinos. En otras palabras, el grupo profesional dedicado a tiempo completo en actividades asistenciales, académicas y de investigación se hizo consciente de la incongruencia de su realidad con el concepto de renovación social, para el que había sido educado ¡y en el que además creía firmemente!. Todos trabajaban en un Hospital emblema por su nombre y por el tipo de beneficio social que proyectaba; sin embargo, no reconocía –pero sí explotaba– a su propia fuerza de trabajo, con el pretexto, no intencionado, de facilitarle una educación de posgrado pero sin valor académico.[1] La situación desembocó en un movimiento de protesta, con suspensión ordenada de las labores de los médicos residentes en las acciones que no fueran de urgencia, dicha protesta fue desencadenada por unanimidad el día 26 de noviembre de 1964. Pero el problema de fondo era de tal magnitud, que en la noche de ese mismo día se recibieron las adhesiones morales de los becarios de otros hospitales y complicando la situación las autori-

www.nietoeditores.com.mx

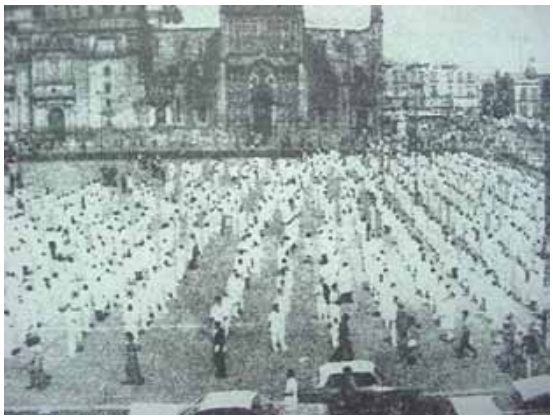
dades emitieron un decreto tajante de suspensión de las becas, la inconformidad hizo que las adhesiones morales se transformaran en un acto de solidaridad legítima.[2] Para el día 3 de diciembre se formalizó la adhesión de los médicos residentes e internos de otros hospitales del sistema de seguridad social, comenzando por el Hospital Colonia de los Ferrocarriles, otro hospital emblemático por la calidad de su cuerpo médico y la combatividad de sus derechohabientes. En pocos días la protesta de los profesionales de la salud tomó proporciones nacionales, lo que dio lugar al surgimiento y protocolización de la Asociación Mexicana de Médicos Residentes e Internos (AMMRI),[3] cuya primera mesa directiva estuvo formada por médicos del Hospital 20 de Noviembre: Guillermo Calderón Rodríguez, Abel Archundia García, Roberto Pedraza Montes de Oca, Fernando Herrera, Roberto Sepúlveda Treviño y Oralia León. Los médicos residentes e internos que participaron en manifestaciones pacíficas pintaron de blanco –uniformados– las calles céntricas de la Ciudad de México y la plancha del Zócalo capitalino.

De modo desafortunado privó sobre la opinión pública el hecho de que estos sucesos coincidieran con el cambio de poderes del Estado, y esto hizo que la atención general se relacionara con la idea de que los médicos pudieran ser simples instrumentos en una lucha contra los sistemas sindicales prevalecientes y contra los sensibles funcionarios públicos que buscaban acomodo en la nueva administración. El fundamento verdadero del movimiento fue mucho más allá de la petición de aumento de salarios y de las mezquindades asociadas con las luchas por el poder que siempre han asolado al país, significaba más bien la dignidad humana y profesional de un grupo con derechos y responsabilidades que demandaba justicia, y que para poder cumplir con su función primaria de promover la salud, necesitaba ver un horizonte académico y laboral claro, con un mínimo de respeto y bienestar material. El movimiento hizo objetiva la imperiosa necesidad de planificar la medicina a nivel nacional, de determinar que las universidades generaran los recursos humanos con la cantidad y calidad que el país requiere y así evitar crisis de sobreproducción o déficit. Desgraciadamente nuestro ambiente continúa ignorando ciegamente estas bases que debe corregir sin tardanza, porque los problemas continúan vigentes; con la diferencia de que ahora se manifiestan en mansedumbre, fingimiento y apatía que llevan al deterioro de la calidad de la atención, así se produce un círculo vicioso que genera la desconfianza mutua entre quienes reciben los servicios y quienes los imparten, circunstancia que resulta en lo que se conoce como "medicina defensiva" y que lesiona gravemente a la sociedad.

El movimiento médico de residentes e internos creció durante casi un año[4] y en ese tiempo envolvió a los médicos "de base" de todo el país, se creó la Alianza de Médicos Mexicanos[5] con la dirigencia de maestros destacados, directores de hospitales, rectores, académicos, intelectuales, pero sobre todo médicos anónimos que en toda la provincia fueron conmocionados por la esperanza de la reivindicación profesional. Así, la primera chispa se convirtió en un fenómeno de conciencia y solidaridad social que no se había manifestado en el México independiente; desde luego que se dieron todos los fenómenos que caracterizan a los conflictos, y que continuamos observando, pero además resultó plagado de falsas interpretaciones y polarización de tendencias. Los pormenores han sido objeto de publicaciones que no vale la pena repetir, pero que deben ser objeto de análisis y reflexión responsables, el hecho es que pronto aparecieron los oportunismos, los protagonismos, los resabios y pasiones ocultas y las deformaciones descaradas de la verdad por parte de los informadores que se erigieron en jueces parciales siguiendo las consignas de los funcionarios y el público conoció que los obligados planteamientos salariales llevaron a desorientar a los mismos participantes, que se dirigieron casi exclusivamente a las demandas económicas tanto tiempo reprimidas, con la natural decepción de quienes condujeron inicialmente las protestas.[6] La opinión pública manipulada y el temor de pérdida de autoridad o merma en el poder orillaron a los gobernantes a imponer el orden con la participación del Ejército; la acción fue incruenta, se ejecutó en agosto-septiembre de 1965 y fue exaltada en el informe presidencial.[7] Aunque el movimiento médico se desvaneció en la incomprensión, y ahora está cerca del olvido, despertó para siempre la conciencia ciudadana sobre la injusticia social, sobre la necesidad que tiene el país de manifestar su inconformidad con ella y la obligación o responsabilidad ineludible de proponer soluciones viables cuando se plantea una protesta y que

fue el distintivo del movimiento. El conflicto resultó en mejoras salariales, concesiones materiales y gestiones de reconocimiento académico que afortunadamente han rendido los frutos de la presencia universitaria en la educación de posgrado y llevaron a la construcción de un hermoso edificio que sería la sede de la residencia médica, edificio que hoy conocemos como la Torre de Consulta, pero observamos detrimento del nivel médico asistencial que se había logrado con tan grandes esfuerzos y mediatizó por un tiempo precioso el desarrollo de las especialidades. Obviamente el equipo humano se vio gravemente mutilado por las "purgas" de rigor, con la desaparición del internado oficial de pregrado y por la emisión de listas negras. El cuerpo médico adscrito del Hospital 20 de Noviembre, que había tenido una participación destacada por su honestidad, limpieza y rectitud, se vio afectado al perder sus elementos representativos; muchos maestros y jefes de servicio que antes del movimiento asistían sin reserva ni horario a ver a sus pacientes, a compartir conocimientos o simplemente a llevar a sus familias a desayunar en día domingo cerca de sus enfermos, modificaron sus vidas y algunos, a pesar del llamado para reintegrarse, dignamente no volvieron a asistir.

Ciertamente, la medicina mexicana se modificó a partir de 1965, la medicina mundial se ha beneficiado de avances vertiginosos y la medicina en el Centro Hospitalario 20 de Noviembre hizo un alto en el camino, para volver a construir con útiles mellados y abrir los nuevos horizontes que hoy ofrece.



El Movimiento Médico Nacional 1964-1965.

El Movimiento Médico Nacional 1964-1965.

Domingo 20 de mayo de 2007

[LA CIUDAD DE AYER]

POR HOMERO BAZÁN LONGI

LEYENDA El mito de 'Lupita' comenzó en 1965, luego de la toma del hospital 20 de Noviembre por granaderos

La 'Enfermera fantasma'

La “Enfermera fantasma”.

REFERENCIAS

1. Pozas Horcasitas R. La democracia en blanco: El Movimiento Médico en México. 1964-1965. Siglo XXI Editores; 1993:81-120.
2. Excelsior. 1964; 27 de nov.
3. Aranda Flores A. Testimonio Movimiento Médico 1964-1965.
4. Krauze E. La Presidencia Imperial. México: Tusquets Editores, 1997:396-402.
5. Treviño Zapata N. El Movimiento Médico en México 1964-1965. México: Universidad Nacional Autónoma de México; 1989:34-35.
6. Uranga E. Excelsior. Editorial 1965; 30 Ago.
7. Hernández García N. Los errores de Díaz Ordaz. México: Costa Amic; 1984:39-42.